

en cambio de una participación aérea en la guerra; las hostilidades continuaron.

La guerra química produjo en pocos días, más de cinco millones de muertos. Considerando las posibilidades de ésta, y narrando siempre como de hechos acaecidos, Prevost somete a la consideración de las gentes, sobre todo de los organizadores de la defensa, consejos y avisos sumamente interesantes. El ataque con gases asfixiantes requiere una defensa, por lo visto, contraria a la que actualmente se trata de organizar en los simulacros ciudadanos. Se aconseja ahora la construcción de sótanos, cuando, según lo más probable, la salvación estaría en subir a lo más alto posible. Si la población, al notar un bombardeo, se refugia en los subterráneos, corre más peligro, pues el gas tiende a bajar por corrientes hacia los resquicios que encuentre a su paso, es decir, a la altura del suelo.

Acerca del manejo de la infantería, de la caballería, y de los cañones, se sacan otras consecuencias muy curiosas de este largo e interesante relato. Todo anda, como dijimos, con una rapidez inusitada. Todo tiene un realismo estupendo, aumentado por reconstrucciones fotográficas muy bien hechas. La hecatombe adquiere, al leer esta publicación, caracteres tan reales, que al finalizar la lectura, un sacudimiento inevitable nos estremece. El valor, la valentía—que no son sino maneras de dominar el miedo y no fantocherías de negar el terror inevitable—tendrían poco que hacer en esta catástrofe sorda, tibia, terrible, tan posible si no se ponen medios heroicos—aquí sí—para evitarla.

Alfonso Allais

□ En Honfleur, su ciudad natal, se ha erigido un busto a este gran tipo, gran vividor, escritor ingeniosísimo y, sobre todo, animador divertido de la vida, que fué el personaje quizá más célebre del París fin de siglo.

Alphonse Allais era el amigo, jovial siempre, de tantos

grandes bohemios, de una bohemia sin escaparate ni posturas, que pululó por el gran Montparnasse de aquellos días. Jocosos, ágiles, livianos, despiertos, con un gran *esprit* siempre alerta, sus anécdotas han llenado una época, muchas de ellas picantes y todas caracterizadas por una prontitud de concepto verdaderamente envidiable.

Maurice Donnay, Lucien Guitry, Courteline, Benjamín, fueron sus compañeros. Entresaquemos—conservando el idioma para el necesario juego—algunas ocurrencias del hoy ensalzado decidor, que tiene esculpida su gloria como hijo preferido de su tierra.

Estando en el servicio militar, se dió una orden para que los hombres casados pudieran salir y pernoctar fuera del cuartel. Allais se dirigió a la oficina y se hizo inscribir como bigamo. «¿Qué pretende usted con esto?, preguntó el oficial, ¿burlarse? No, mi teniente, sólo obtener permiso para salir de día también».

En el mismo cuartel, le echaban en cara, con burlas, su pronunciación, un poco defectuosa. Decía «carpitaine», «carporal», y «cormandant». Un día, queriendo tomarle el pelo, se acercó al soldado Allais un mayor. «Dime, ¿qué soy yo en el ejército?» Y Allais respondió seriamente: «*Vous êtes un merdecin militaire*»...

Una madrugada de mil ochocientos noventa y tantos, Alphonse Allais, Courteline y Georges Auriol salían de una «braserie» del faubourg Montmartre. Según la expresión de Charles Monselet:

Les litres avaient mis dans leur regard l'azur  
qui fait que l'on recherche avec instance un mur.

Encontraron los tres este muro en una callejuela desierta y, librándose los tres de lo superfluo de sus bebidas, no pudieron evitar exclamaciones de beatitud:

—Todo lo que pasa es bueno—dijo Courteline.

—La existencia es un río—añadió Auriol.

—*Quant a moi, mes amis*—dijo Alphonse Allais—*si j'étais riche, je pisserais tout le temps!*

Fué, además, un gran escritor. Ameno e ingeniosísimo y con una visión de la humanidad tan certera como rápida. Prefirió la ligereza de la vida cotidiana, su diversión, a encerrarse en producciones cuantiosas. Lo mejor que de él queda son sus anécdotas, que hoy recuerdan una época amable, complicada y un poco idiota. La época que se deslizó desde Sedán a Sarajevo.

Querella

□ Se está sometiendo a tela de juicio la autenticidad de un libro que anduvo de mano en mano y cuyos comentarios corrieron de boca en boca. Refocilo de asustadizos, comadreo de parlanchines, sensación de incautos: Los Protocolos de los Sabios de Sión. Según este libro, todo el mundo estaba en manos judáicas. Judíos eran, no sólo los mercachifles que se llevan el dinero del prójimo con dulzuras bien administradas, sino todos los grandes políticos, intelectuales y organizadores del mundo. Esta última parte, que es la que se discute, no cedía sino en crédito de Israel. Los que pensaran lo contrario demostraban su pequeñez y su falta de capacidad ante los judíos poderosos. Poderosos a ratos por artimañas y trapacerías condenables, poderosos a otros ratos por su gran talento. Einstein, Maurois, Milhaud, Stalin, Bergson, Meyerson, Herbert Samuel y otros muchos se mezclaban en los famosos protocolos con los tenderos de abalorios que andan a la caza de un centavo de más. La gente se escandalizaba contra los judíos. Hoy se ha puesto en tela de juicio la veracidad de este opúsculo famoso. Y parece que se van negando muchas de sus aseveraciones. El comentario rápido nos limita a exponer (con su pimienta y sazón, naturalmente), este hecho. Sin ala-